

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche, pero amaneciendo ya.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, PEPITA, la CONDESA y JULIA, con la falda del traje de baile y una *chambra* o toquilla o peinador, sentadas, casi echadas en butacas o en el sofá. Una CRIADA, al lado de la CONDESA, dándole cucharadas de te. Otra CRIADA haciendo oler un frasco de sales a ISABEL. PÉREZ, con una escopeta, de centinela en la puerta. Pausa. Otra CRIADA, por izquierda, con una taza de tila para JULIA.

CRIADA 1.^a—Ande, señorita Julia, tómela...

(Julia se niega con un pequeño ademán, como si no tuviera ánimo para contestar.)

ISABEL.—*(Con languidez)*.—Francisca...

CRIADA 1.^a—¿Señorita?

ISABEL.—¿Y esas señoras?

CRIADA 1.^a—Lo mismo. Todas tumbadas por

los sofás y con el miedo de lo que haya podido ocurrirles a esos pobrecitos.

(*Lloriqueando.*)

Po... bre... citos... mi... li... tares.

ISABEL.—¡Válgame Dios!

(*Pausa.*)

CRIADA 1.^a—Señorita... con esta taza se acabó la tila. A doña Milagritos, que está escondida en el tocador y me pidió otra taza, le he servido un poquito de agua con mucho cognac.

ISABEL.—¿Y le supo igual?

CRIADA 1.^a—Mejor. Sólo le pareció que aquella tila estaba más cargada que las otras. ¡Qué miedo debe tener!

ISABEL.—¡Y qué paladar!

CRIADA 1.^a—Ande, señorita Julia, tómela... que es tila de veras.

JULIA.—No, no...

ESCENA II

DICHOS: SEBASTIÁN, *por la izquierda.*

SEBASTIÁN.—(*Con un sable.*)—¿Hubo novedad?

PÉREZ.—No, señor.

SEBASTIÁN.—Por allá tampoco. He salido algo de casa, escuchando cuidadosamente, y nada; ni el más leve rumor. ¡Temo que no nos ataquen!

CRIADA 1.^a—(*Asustada, dando un grito.*)—¡Ay!

SEBASTIÁN.—¿También tú lo temes?

CRIADA 1.^a—Al... al... al... contrario.

SEBASTIÁN.—Van tres horas desde que marcharon. Me choca mucho que no tengamos noticias ni de unos ni de otros.

CRIADA 2.^a—(*Que está al lado de la Condesa, cerca de la ventana.*)—Por lo alto del monte no andan, porque ya hay bastante claridad y se distinguirían.

ISABEL.—Mira bien, por si acaso.

JULIA.—(*Deshaciéndose los lazos del matiné y destapándose algo.*)—Yo no puedo respirar.

SEBASTIÁN.—¿Se ve algo?

CRIADA 1.^a—(*Que sigue al lado de Julia.*)—No, señor.

SEBASTIÁN.—Aunque tal vez eso no disminuyera nuestra ansiedad.

ISABEL.—¿Qué habrá ocurrido?

SEBASTIÁN.—No sé. Pero admitiendo la hipó-

tesis peor, la de que se efectuara el combate y fuera muy sangriento, yo no creo posible que hayan muerto todos.

TODAS.—(*Pero no a un tiempo.*) ¡Ay, ay, ay!

SEBASTIÁN.—Lo digo negándolo.

ISABEL.—Pero lo dices.

SEBASTIÁN.—Porque juzgo de mi deber preveniros contra una contingencia desdichada.

ISABEL.—Calla, por Dios, general, que en toda la noche no hemos tenido sustos más grandes que los que tú nos das para tranquilizarnos.

CONDESA.—¡Es usted cruel, Sebastián!

SEBASTIÁN.—¿Yo?

ISABEL.—Sí, tú.

CONDESA.—Te...

(La Criada le sirve y la Condesa bebe un sorbo.)

JULIA.—Ti... la...

(Bebe un sorbo. Las criadas, después de servir a las señoras, beben ellas y huelen las sales, respectivamente.)

PÉREZ.—¿Podría dejar ya la escopeta, señorito?

ISABEL.—Para lo que sirve...

SEBASTIÁN.—Siempre habéis de tener pronta la expresión mortificante. ¿Que las previsiones son innecesarias?... ¡Qué ridículo haberlas tomado! ¿Que no se tomaron y hacen falta? ¡Qué imprevisión y qué torpeza!

PEPITA.—No diga usted eso, Sebastián; estamos muy agradecidas.

CONDESA.—Pero comprenda usted que también estamos muy quebrantadas con las emociones de esta noche.

JULIA.—Y lo que pasa es que no tenemos fuerza para darle a usted las gracias.

SEBASTIÁN.—Hacen ustedes perfectamente en burlarse de mí. Y yo, al preocuparme por ustedes, por su tranquilidad y por su defensa, he sido un burro.

CRIADA 2.^a—¡Un caballo!

SEBASTIÁN.—No, hija, no; un burro.

CRIADA 2.^a—Que veo un caballo.

(Todas corren a la ventana.)

SEBASTIÁN.—¿No tenéis fuerza para darme las gracias y corréis para ver un caballo! ¡Qué injustas sois conmigo!

CONDESA.—¿Será el Coronel?

ISABEL.—¿Será el capitán?

JULIA.—¿Será el Teniente?

CRIADA 1.^a—¿Será el Cabo?

PÉREZ.—¿Será el Sargento?

SEBASTIÁN.—No.

ISABEL.—¿Tú qué sabes?

SEBASTIÁN.—Le oiríamos hablar, y cuando no se le oye no es él.

JULIA.—Pues lo es.

CONDESA.—¿Traerá noticias?

ISABEL.—Seguramente.

(A Pérez.)

Que entre en seguida.

PÉREZ.—¿Puedo dejar la escopeta, señorito?

SEBASTIÁN.—Sí, hombre, sí. Y la asaura también.

PÉREZ.—Gracias.

(Mutis por el foro.)

CONDESA.—Vendrá muy sofocado. Quizás desee beber algo.

ISABEL.—¿Agua con azúcar? ¿Cognac?

SEBASTIÁN.—¿No tienes unas botellas de manzanilla? Pues eso, que es de su tierra y le gustará.

ISABEL.—Francisca, traiga manzanilla.

(Mutis Criada 1.^a por la izquierda.)

JULIA.—¿Qué irá a contarnos?

SEBASTIÁN.—Pronto lo sabremos, pero oigan ustedes antes una palabra. Por Dios y por los santos, nada de nervios ni de gritos, y si las nuevas que trae son desconsoladoras, preparémonos para auxiliar a los heridos, para enterrar a los muertos.

TODAS.—¡Ay, ay, ay!

ISABEL.—Gracias a que tú nos animas algo.

SEBASTIÁN.—Es mi obligación. En estos momentos críticos, que nadie desfallezca, que nadie vacile en el cumplimiento de su deber. ¡Seamos hombres!

ISABEL.—Sí, procura serlo tú. Nosotras renunciaremos.

SEBASTIÁN.—Quiero decir...

ISABEL.—Comprendido.

ESCENA III

DICHOS: SARGENTO y PÉREZ, *por el foro.*

SARGENTO.—¿Hay permiso?

(Todas le rodean, trayéndole a primer término.)

CRIADA 3.^a—¿Qué?

CRIADA 2.^a—¿Qué?

JULIA.—¡Hable!

CONDESA.—¡Diga!

SEBASTIÁN.—¿Hay muchos muertos?

PEPITA.—¡Hable, hable!

ISABEL.—Cuente.

SARGENTO.—Si me dejan, ¿eh?

ISABEL.—¿Se terminó el combate?

SARGENTO.—Si no hubo combate ni hubo ná...
En cuanto se vieron descubiertos escaparon como liebres.

ISABEL.—¿No ocurrió ninguna desgracia?

SARGENTO.—¡Pero qué había de ocurrir, doña Isabelita! ¡No le digo a usted que huyeron como liebres!... ¡Ni un mal tiro! Con la corneta nada más ¡y a correr!

SEBASTIÁN.—¡La tirarían con mucha fuerza!

SARGENTO.—En cuanto oyeron la corneta, hombre.

SEBASTIÁN.—¡Ya lo encontraba yo exagerado!

SARGENTO.—Naturalmente. Anda... ¿y esto? ¿Se afeita usted con un sable?

SEBASTIÁN.—No, señor.

JULIA.—Era para defendernos si venía el enemigo.

SARGENTO.—Bueno, a mi recado: el señor Teniente Coronel me hizo adelantar para decirles a ustedes que si no molestan...

TODAS.—No, no, no.

SARGENTO.—Vendrán a despedirse.

TODAS.—Sí, sí, sí.

SARGENTO.—Contando con esos nos y con esos sí, ya están de cara hacia aquí y en diez minutos llegan.

(Todas las mujeres escapan por derecha e izquierda.)

ISABEL.—*(Riendo.)*—Como liebres.

SARGENTO.—*(Espantado.)*—¿He metido la pata?

SEBASTIÁN.—No.

SARGENTO.—¿Pues qué he dicho yo para asustar?...

ISABEL.—Que vendrán ahora mismo esos caballeros, y como las señoras están poco vestidas...

SARGENTO.—Mire usted lo que es no saber... Y a mí me pareció que estaban ustedes más vestidas que antes.

ISABEL.—Pero menos arregladas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LECÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA IV

DICHOS: CRIADA 1.^a, *por la izquierda,*
con una taza.

CRIADA 1.^a—Señorita, la manzanilla.

ISABEL.—Hágame usted el favor, Sargento,
que para usted es.

SARGENTO.—Se agradece, que traigo sed.

(Desesperado.)

Doña Isabel, estos potingues no se le dan a un
hombre de bien.

ISABEL.—*(Incomodada.)*—Una botella he pe-
dido.

SEBASTIÁN.—Como hace tres horas que no
pedís más que éter, tila y te... Venga usted
conmigo al comedor.

SARGENTO.—*(Abrazándole.)*—¡Qué hombre
de ideas es usted!

(A Isabel.)

¿Permite?

*(Mutis Sargento, Sebastián y
Criada 1.^a)*

ESCENA V

ISABEL Y PÉREZ

ISABEL.—Pérez... Coja la cestita de antes,
ponga lo mismo que tuvo antes y aguarde a
que vuelvan.

PÉREZ.—¡No lo va a querer!

ISABEL.—Dile que es de parte mía.

PÉREZ.—Por eso no lo va a querer. Acué-
dese usted.

ISABEL.—Quizás haya cambiado.

PÉREZ.—¿Cambiar el capitán Valle?...

ISABEL.—El... y todos. Los días tienen las
mismas horas... y las horas no son las mismas
todos los días. Llévalo, llévalo.

PÉREZ.—Por obedecer; pero sin esperanza.

ISABEL.—La esperanza es mía. Llévalo.

PÉREZ.—Bueno.

(Mutis por el foro.)

ISABEL.—*(Marchando hacia la derecha y des-
atando o desabrochando el peinador.)*—¡A la
par que amanece el día vuelven a amanecer
mis ilusiones!...

ESCENA VI

ISABEL; SARGENTO, *por la izquierda.*

SARGENTO. — (*Rápido.*) — ¡Doña Isabelita, doña Isabelita!

(*Viendo el descote, emocionado.*)

ISABEL. — ¡Hable! ¡Hable!

(*Riñéndole afectuosa.*)

SARGENTO. — Allá voy. Le he dado esquinazo al señorito ese.

ISABEL. — Está muy bien, sí. ¿Y el recado?

SARGENTO. — El recadito es de ole. El capitán don Santiago Valle... ¿creo que se llama Valle?

ISABEL. — (*Pegándole afectuosamente con el abanico.*) — Ande, hable.

SARGENTO. — Me dijo que la quería saludar a usted..., que le va a pedir permiso al Teniente Coronel, y en cuanto se lo conceda, que vendrá al galope. ¿Eh?

ISABEL. — ¿Nada más?

SARGENTO. — No va a venir desbocado, que el de abajo no tiene el mismo interés que el de arriba.

ISABEL. — Será bien recibido.

SARGENTO. — Todos vuelven muy contentos. El único que va a pagar los platos rotos es García, el pobrecillo cabo García.

ISABEL. — ¿Está herido?

SARGENTO. — No lo sabe aún. Pero ha llegado tarde a formar y sin espuelas, que las perdió no recuerda dónde.

ISABEL. — ¿Serán unas que aparecieron en la cocina?

SARGENTO. — Por ahí, por ahí deben estar; por la cocina o por la cocinera. Y aunque ese hombre es mi condenación, yo le suplico a usted que le diga una palabrita al Teniente Coronel, porque el cabo, al fin y al cabo es un hombre, y la otra será una mujer... y todos somos hombres y mujeres, y todos perdemos las espuelas y el sentido y el hablar y...

ISABEL. — (*Atajándole.*) — Pediré por él..., y dispense, que voy a vestirme.

SARGENTO. — Yo aguardaré por allá. Y de paso veo si la moza esa valía o no valía... ¡y si valía, por quitarle esas proporciones a un superior, le doy una morrada al cabo que le espampano!

ISABEL. — Vaya, vaya.

ESCENA VII

DICHOS: PÉREZ, *por el foro.*

PÉREZ.—¡Señorita!... ¡Aceptó!... ¿Quién lo iba a decir?

ISABEL.—Y las horas no son las mismas todos los días. ¿Lo ves?

PÉREZ.—Lo veo.

(Mutis Isabel por la derecha. Cuando vuelve a salir, puede traer el mismo traje del acto segundo o uno distinto.)

SARGENTO.—¿Qué es?

PÉREZ.—Que le he llevado al capitán Valle una docena de emparedados y una botella de champagne.

SARGENTO.—¿Y se la ha vuelto usted a traer?

PÉREZ.—Vuelto, sí. Se ha bebido dos copas seguidas.

SARGENTO.—Y yo ausente.

PÉREZ.—Y no se comió juntos los doce emparedados porque la boca es algo pequeña.

SARGENTO.—¿Es cierto eso?

PÉREZ.—Por mi salud.

SARGENTO.—¡Olé, Pérez!

PÉREZ.—Gracias. ¡Olé, sargento!

SARGENTO.—Y además, eso no es comer emparedados.

PÉREZ.—Vaya si lo es.

SARGENTO.—No, Pérez, no. Eso es admitir un obsequio y decirle con finura a la persona en cuestión: «Se acabó todo lo malo entre nosotros y estoy por ti otra vez, prenda. Manda más cosas.»

PÉREZ.—¿Usted cree?...

SARGENTO.—Que la señorita Isabel y mi capitán se vuelven a meter al trote largo en el asunto ese de las noches claras... y etcétera.

PÉREZ.—¿Cómo etcétera?

SARGENTO.—*(Dándole un empellón.)*—¿Voy a tener que explicarle a usted lo que es un etcétera, so lila?

PÉREZ.—¿Que se arreglan?

SARGENTO.—Erre. Y voy a ver si con la alegría se salva algo de la botella.

(Mutis por el foro.)

PÉREZ.—Es un joven y parece un viejo bueno en lo de alegrarse con la alegría de otros.

ESCENA VIII

PÉREZ; PEPITA, *por la izquierda, con una botella de champagne y una copa.*

PEPITA.—(*Vestida de baile completamente.*)

¿Y el sargento?

PÉREZ.—Se ha marchado.

PEPITA.—Ahora que iba yo a invitarle...

PÉREZ.—(*Recogiendo la copa y la botella.*)

¿Quiere usted que se la lleve?

PEPITA.—No. Ya volverá.

ESCENA IX

DICHOS: *el TENIENTE CORONEL, por el foro.*

TENIENTE CORONEL.—¿Se puede?

PEPITA.—Enhorabuena.

TENIENTE CORONEL.—Al revés: dos veces de pésame. Una, por haberlas abandonado a ustedes, y otra, por no conseguir nuestro propósito de sentar la mano a esos pillos.

PEPITA.—Ya los alcanzarán.

TENIENTE CORONEL.—Lo dudo.

(*A Pérez.*)

¿Quiere usted preguntar a la señora si podré saludarla?

(*Mutis Pérez por la izquierda.*)

PEPITA.—¿No vendrán los demás?

TENIENTE CORONEL.—Sí. Menos el capitán Valle, que está de vigilancia.

PEPITA.—Un momento podría cambiar con un compañero.

TENIENTE CORONEL.—Es verdad, pero yo no he querido, a pesar de que él lo pretendía.

PEPITA.—¿Y se conforma?

TENIENTE CORONEL.—¿Qué remedio sino conformarse? Y estando yo aquí no le queda ni el recurso de la desobediencia.

PEPITA.—Es usted muy severo..., demasiado severo.

TENIENTE CORONEL.—No esperaba que usted lo agradeciera, pero tampoco que usted lo censurara.

PEPITA.—¿Y qué tengo yo que ver en esto?

TENIENTE CORONEL.—Algo. Para no consentir que venga ese oficial hay la razón de la tranquilidad de una señora.

PEPITA.—¿Que se llama?...

TENIENTE CORONEL.—¿Usted exige el nombre?

PEPITA.—¡Vamos, venga!

TENIENTE CORONEL.—Pues vaya: Pepita.

PEPITA.—Pepitas hay muchas y de varias clases.

TENIENTE CORONEL.—Pepita Jiménez.

PEPITA.—¿Yo?... ¡Ay, mi querido coronel, está usted haciendo de paloma mensajera... de esas que llevan mensajes y no saben nunca lo que llevan!

TENIENTE CORONEL.—¿A usted no le importa que entre aquí el capitán Valle?

PEPITA.—No.

TENIENTE CORONEL.—¿No están ustedes reñidos?

PEPITA.—No, ni hay por qué.

TENIENTE CORONEL.—¿No tuvieron ustedes amores?

PEPITA.—Jamás.

TENIENTE CORONEL.—¡Entonces, quien me lo dijo se ha burlado de nosotros dos!

PEPITA.—De usted solo... y basta. Pero en fin, usted me dió un nombre, el mío, callándose el cuento; y yo, para corresponderle, voy

a ser más generosa, diciéndole a usted otro nombre.

TENIENTE CORONEL.—¿El mío?

PEPITA.—No, porque ese lo debe usted de saber. Otro... y además el cuento, en que interviene uno y una.

TENIENTE CORONEL.—Esos son los interesantes.

PEPITA.—También lo son cuando hay dos y una... Lo va usted a ver. Un caballero muy simpático, de posición muy envidiable...

TENIENTE CORONEL.—¿Militar?

PEPITA.—Bueno... Joven...

TENIENTE CORONEL.—¿Ah, joven?

PEPITA.—De veintitantos .. a cincuenta.

TENIENTE CORONEL.—Queda bastante margen.

PEPITA.—Eso creo. Enamorado de una mujer encantadora...

TENIENTE CORONEL.—¿Soltera?

PEPITA.—Esas son moninas, lindas, preciosas..., pero encantadoras no son más que las casadas y las viudas. Una mujer con todas las perfecciones apetecibles, y alguna más que ella se imagine tener, pero tan esquiva, tanto..., hablan las crónicas, no yo..., tanto, que su fama

se ha obscurecido con su leyenda de desdenes.

TENIENTE CORONEL.—¿Dibuja usted, Pepita?

PEPITA.—No, ¿por qué?

TENIENTE CORONEL.—Tiene usted la mano firme para retratos.

PEPITA.—Puede que me dedique ahora. El caballero en cuestión, persuadido de la leyenda, enmudece ante la dama, limitándose a suspirar como un cadete, mientras ella manda recaditos misteriosos a un galán que se oculta y que se niega a venir.

TENIENTE CORONEL.—Dígame el nombre de la dama burladora y yo le diré a usted en cambio el de quien me dió la referencia en lo suyo, Pepita.

PEPITA.—¿Nombre por nombre?

TENIENTE CORONEL.—Eso es.

PEPITA.—Aceptado. Dígalo usted primero.

TENIENTE CORONEL.—No, primero usted.

PEPITA.—No, no, usted... ¿Los dos a un tiempo?

TENIENTE CORONEL.—Mejor será.

PEPITA.—A una, a dos, y a tres.

(Los dos parece que van a pronunciarlo y los dos se callan a ver si el otro lo dice.)

Vamos, ¿letra por letra?

TENIENTE CORONEL.—Vamos. I...

PEPITA.—¿Y qué?

TENIENTE CORONEL.—Es ya la primera.

PEPITA.—I...

TENIENTE CORONEL.—I, sí.

PEPITA.—Que también es la primera del mío.

TENIENTE CORONEL.—I...

PEPITA.—I...

TENIENTE CORONEL.—S...

PEPITA.—S...

TENIENTE CORONEL.—A...

PEPITA.—A...

TENIENTE CORONEL.—Isa...

PEPITA.—bel...

TENIENTE CORONEL.—¡Isabel! Como la pescara en el regimiento, le aseguro a usted...

PEPITA.—No asegure usted nada, que por el regimiento no la va usted a pescar.

TENIENTE CORONEL.—¿Quiere usted unirse a mí para devolver la burla?

PEPITA.—No. Sabemos ya lo bastante los dos: que cada cual escoja su camino.

(Marchando.)

TENIENTE CORONEL.—Escúcheme usted.

PEPITA.—(*Saludando militarmente.*)—A la orden, mi Coronel.

(*Mutis por la derecha.*)

TENIENTE CORONEL.—A los pies de usted, Pepita.

ESCENA X

El TENIENTE CORONEL; RODRIGO, por el foro.

RODRIGO.—Los compañeros me ruegan que le pregunte a usted si pueden venir ya.

TENIENTE CORONEL.—No. Que atiendan a su obligación.

RODRIGO.—Al no ser que disponga usted algo nuevo, en el pie a tierra y descansen no tenemos nada que hacer. Y en cambio, aquí han quedado algunos asuntillos por rematar.

TENIENTE CORONEL.—Lo siento.

RODRIGO.—Si no todos a la vez, podríamos turnar.

TENIENTE CORONEL.—No.

RODRIGO.—(*Cuadrándose y secamente.*)—¿Manda usted alguna cosa?

TENIENTE CORONEL.—(*Dulcificándose.*)—

Mandar, no; les suplico que no insistan en volver a esta casa. Yo no tolero que se burlen de mis oficiales.

RODRIGO.—Pues lo mío llevaba trazas de formalidad, que metía miedo.

TENIENTE CORONEL.—Se reían de usted, Rodrigo.

RODRIGO.—Eso es lo corriente. De sobra sabe usted que en regalías de amor las mujeres se ríen antes, los hombres después, y los que se casan, ni antes ni después.

TENIENTE CORONEL.—Pero eso es cuando no hay otro por medio.

RODRIGO.—Yo le juro a usted que en mis conversaciones con la Pepita Jiménez no había otro por medio, ni sitio para el otro.

TENIENTE CORONEL.—Ocasiones tendrá usted de convencerse más. Ahora, le suplico que no insista.

RODRIGO.—Lo que usted ordene. A su disposición.

(*Mutis por el foro.*)

ESCENA XI

El TENIENTE CORONEL; ISABEL, por la derecha.

ISABEL.—(*Muy risueña.*)—Mi felicitación más sincera por...

TENIENTE CORONEL.—(*Cortés, pero frío.*)—Por nada.

ISABEL.—El haberse librado de...

TENIENTE CORONEL.—Lo de esta noche, todo lo de esta noche, no merece la molestia de hablarlo.

ISABEL.—(*Quedándose cortada.*)—¿No?...

TENIENTE CORONEL.—No. Me permití molestarla para darle a usted las gracias en nombre de todos.

ISABEL.—Espero despedirme de cada uno.

TENIENTE CORONEL.—No entrarán.

ISABEL.—¿Ninguno?

TENIENTE CORONEL.—Ninguno.

ISABEL.—El servicio requiere...

TENIENTE CORONEL.—Sí.

ISABEL.—¿Esta descortesía?

TENIENTE CORONEL.—¡Señora!

ISABEL.—Hace usted mal en ofenderse por

una palabra, cuando yo no me muestro ofendida por todas las suyas.

TENIENTE CORONEL.—¡Usted se ha burlado de mí!

ISABEL.—Pero eso, aun siendo verdad, que no lo es, aun siendo verdad, sería una cuenta entre usted y yo. ¿Por qué incluye usted en ella a los demás?

TENIENTE CORONEL.—Perdone usted. Entrarán. Todos menos el capitán Valle, a quien usted puso el veto, preocupándose por Pepita Jiménez mucho más de lo que ella misma se preocupa.

ISABEL.—¿Es el veto mío lo que impide su entrada? Pues yo le ruego a usted que la autorice.

TENIENTE CORONEL.—Es que ahora mismo se lo había negado.

ISABEL.—Pues mantenga usted su negativa; pero la de usted, no la mía.

TENIENTE CORONEL.—Entrará.

ISABEL.—A gusto de usted.

TENIENTE CORONEL.—Una pregunta, si no la conceptúa indiscreta: Pepita Jiménez, ¿es muy amiga de usted?

ISABEL.—Mucho. Todo el mal que le haya dicho de mi, puede usted creerlo.

TENIENTE CORONEL.—Me refirió una historia... y lo único que puse en claro ha sido el persuadirme de que usted no se portó lealmente conmigo.

ISABEL.—¿Leal?... Dicen que son muy contados los leales, y sin embargo de todo el mundo aguardamos lealtad. Pero entre usted y yo pronto lo averiguaremos. Nosotros no ventilamos intereses, ni negocios, ni apenas amistades. Hace un año, poco más o menos, que usted ha tenido la atención de mirarme alguna vez, pero sin hablarnos ninguna hasta hoy. ¿Es verdad esto?

TENIENTE CORONEL.—Es verdad.

ISABEL.—Queda como único capítulo de cargos el de la inclinación, o de la simpatía, o del afecto de usted hacia mí.

TENIENTE CORONEL.—El del amor.

ISABEL.—Pongámoslo con letra grande. *Capítulo de amor*. En ese terreno, traidora es la que lo finge y no lo siente. No es el caso mío, ¿verdad?

TENIENTE CORONEL.—No, señora.

ISABEL.—Traidora puede ser incluso la que acepta que le hablen de amor no pensando en corresponderlo. No es el caso mío, ¿verdad?

TENIENTE CORONEL.—No, señora.

ISABEL.—Y traición es querer a otro cuando a uno se le debe el amor o por lo menos la fidelidad. ¿Tampoco es el caso?

TENIENTE CORONEL.—Tampoco.

ISABEL.—Entonces, ¿tiene usted la bondad de explicarme, si es que usted lo sabe, en qué o por qué no he sido leal con usted?

TENIENTE CORONEL.—En no quitarme las esperanzas.

ISABEL.—No sé cómo se quitan.

TENIENTE CORONEL.—Con un gesto.

ISABEL.—No.

TENIENTE CORONEL.—Con una palabra.

ISABEL.—No...

TENIENTE CORONEL.—O con un desdén, de esos que tanto prodiga la que han dado en llamar Doña Desdenes.

ISABEL.—No, no, no... ¡Gestos y palabras y desdenes no quebrantan una firmeza! Yo sé de quien se ha visto en trance de muchos desaires y en hora de muchísimos desprecios, y aunque a la fuerza se le hundió alguna realidad, no se hundió ni vaciló siquiera una sola de sus esperanzas.

TENIENTE CORONEL.—¿Fué usted misma?

ISABEL.—¿Qué más da quien fuera?

TENIENTE CORONEL.—¿Y sigue adorando?

ISABEL.—Adorar es una expresión demasiado divina, y le cuadra mal a pasiones demasiado humanas.

TENIENTE CORONEL.—¿Queriendo?... Si antes hubiera yo sabido eso, no cometería la torpeza de sitiar plaza que ya rindió...

ISABEL.—Antes no hubo razón para decirse-lo, e hizo falta que yo le estimara a usted y que usted se considerase ofendido para obligarme revelar una intimidad.

TENIENTE CORONEL.—Que dicha antes nos hubiera evitado...

ISABEL.—Dispense usted... Dicha en cual quier momento y sin muchas razones, no sería una intimidad, sería un pregón. Y a eso no estoy obligada.

TENIENTE CORONEL.—He sido muy torpe al ignorarlo...

ISABEL.—No, eso no.

TENIENTE CORONEL.—Y vuelvo a ser muy torpe al enfadarme por saberlo... ¿Eso sí?

ISABEL.—Eso sí; pero ningún mal es irreparable cuando se comete, sino después cuando le aplicamos rencores y venganzas en lugar de

irle buscando remedios y compensaciones.

TENIENTE CORONEL.—Y yo no quiero añadirme esa torpeza. Para rectificar mi conducta, llegando a ser amigos, muy buenos, pero amigos únicamente, ha de empezar usted por someterse a una pequeña humillación: la de oír sin responder durante el breve espacio de un minuto.

ISABEL.—Concedido.

(Colocando el brazo de ella en el suyo.)

TENIENTE CORONEL.—Pues atención; el minuto empieza. Hace mucho tiempo, y no recuerdo en dónde, me contaron la historia de una mujer, mil veces encantadora, enamorada firmemente de no sé qué bizarro capitán.

(Isabel, que sonríe, se suelta bruscamente del brazo, quedando muy seria. El Teniente Coronel, con dulzura, vuelve a coger la mano de Isabel y a colocar el brazo en el suyo.)

Y me contaron aún más: que un jefe, atraído por la fama de esa mujer, que acumulaba en ella delicias y desdenes, llegó a su lado, se rin-

dió, como todos, al encanto, y después, como todos, tuvo un instante de enojo y de cólera al verse rechazado. Y lo más peregrino del caso fué que empezara enamorándose de ella y concluyese protegiendo sus amores con otro...

(*Isabel vuelve o soltarse del brazo; el Teniente Coronel sigue a la ventana y llama.*)

¡Sargento Pablo!

(*A Isabel.*)

Es una historia inverosímil, absurda...

(*Llamando.*)

¡Sargento!

(*A Isabel.*)

Tan absurda que yo la he creído a pies juntillos; pero usted hará perfectamente en no darle crédito ninguno.

ESCENA XII

DICHOS: SARGENTO, *por el foro.*

SARGENTO.—(*Precipitado.*)—A la orden.

TENIENTE CORONEL.—Dile al capitán Valle y

a los demás oficiales que pueden subir a despedirse de estas señoras.

SARGENTO.—(*Brimcando.*)—¡Olé!

TENIENTE CORONEL.—¿Qué es eso? ¡Tres días de arresto, Sargento!

SARGENTO.—Y me pone usted seis y es igual: es el doble, pero es igual de gusto.

TENIENTE CORONEL.—Bueno, pues...

ISABEL.—Pasó el minuto de silencio... Al romperlo, mi primera palabra es de perdón.

TENIENTE CORONEL.—Vete en paz... ¡y dale las gracias!

SARGENTO.—(*Aparte a Isabel.*)—Doña Isabelita... ¡meta usted al cabo García!

ISABEL.—¿Dónde?

SARGENTO.—En el perdón.

TENIENTE CORONEL.—¡Y largo!

SARGENTO.—¡Por el aire volvemos!

(*Mutis rápido por el foro.*)

ESCENA XIII

ISABEL y el TENIENTE CORONEL.

ISABEL.—Cuánta gente buena hay en el mundo...